

Juegos de amor y malquerencia o la Comala Lagunera en nueve entradas.

José Edgar Salinas Uribe

Para ir a san José de la Burras, ubicado en el perímetro de la hacienda que fue de la familia Pérez- Rulfo, en el sur de Jalisco, es necesario pasar por Apulco, sitio del casco de la hacienda- hoy día monasterio- y después seguir un camino de terracería. A dos kilómetros está el caserío de La Rosa, donde vivía María, una viuda en sus treinta con siete hijos. Después de atravesar un arroyo, se yergue impotente con su absoluta falta de vida el casco masacrado de lo que alguna vez fue una casona de la familia del autor de *El llano en llamas*. Un kilómetro más allá está san José de la Burras. Durante un año estuve visitando ese pueblo, en todo ese tiempo no conocí a nadie que hubiese leído ni siquiera un cuento de Juan Rulfo. En todo ese tiempo no conocí a nadie que no hablara como personaje rulfiano. Con los mayores hablaba de los recuerdos que tenían de la revolución, de los hacendados, de los aparecidos, de los Pérez-Rulfo.

Si para quienes conocimos primero el sur de Jalisco a través de Yáñez, Azuela, Rulfo y Arreola conocerlo en la realidad fue una experiencia abrasadora por el fuego de su clima y por las bocanadas lingüísticas de sus vivos y sus muertos, resulta que para quienes conocimos la Comarca Lagunera primero por sus ejidos polvorientos, empotrados en adobe envejecido y en sueños colectivistas llenos de abandono, conocerla después a través de la literatura de Jaime Muñoz Vargas fue una experiencia similar a la primera, sólo que en sentido contrario. La *Comala Lagunera* tiene el tufo de la Comala jalisciense, (el paisaje, el calor, el semidesierto, ese «jardín por donde Dios pasea su tristeza» diría Ciorán, son harto parecidos).

Muñoz Vargas, lagunero y escritor, autor entre otros de *El principio del terror* (novela, Joaquín Mortiz, 1998), *El augurio de la lumbre* (cuentos), *Las manos del tahúr* (cuento, 2006), *Polvo somos* (cuento, 2006), hizo un retrato literario de la Comarca Lagunera a partir de una fotografía. Si el recurso es ingenioso el resultado lo es mucho más: *Juegos de amor y malquerencia* (novela, Joaquín Mortiz, 2003) es copo literario donde se teje una historia a partir de personajes, costumbres, episodios, palabras y pasiones arraigadas en la médula de lo lagunero rural, en la época en que la llamada Revolución mexicana ya había triunfado pero que todavía no llegaba a la voluntad de los hacendados ni a la disciplina de algunos militares el aceptar las consecuencias.

Todavía investigador en el archivo histórico Juan Agustín de Espinoza, en la Ibero Laguna, Muñoz Vargas encontró la foto que disparó lo que seguramente tenía ya gestado en el deseo. El sepia de su original, la solemnidad de sus protagonistas, el vagón que los protege y el perro que los acompaña hicieron de esa fotografía el pretexto a partir de cual el autor despliega la historia que, quizá, le debía a su condición de lagunero y escritor.

Un grupo de peones, aficionados al sotol, al más barato de los tabacos, a las cartas y que hacen del cardenche el canto para aliviar las cuitas del desprecio y la falta de correspondencia

amorosa, se enemista con un famoso gavillero con quien amarran pleito, mismo que deciden arreglar a través del juego que, aún hoy, más caracteriza a los ranchos y ejidos laguneros: el béisbol.

La etapa en que estos personajes cobraron vida fue aquella de los años veinte. Todavía Lázaro Cárdenas no era el Tata aquí y aún los hacendados lo eran a sus anchas y mercedes. Fue una época de matanzas y persecución a campesinos, como aquella del primero de mayo en el pueblo de Matamoros, cuando azuzados por latifundistas, soldados, policías y presos obligados a ello, mataron a una veintena de campesinos que desfilan y exigían tierras conforme a lo que ordenaba la Constitución Política, hacía diez años promulgada. Época en la que eran comunes diálogos como el que sostuvieron el líder campesino Arnulfo Moreno y el general Alejandro Mange:

— Su gracia de usted amigo, inquirió el General
— Arnulfo Moreno

Le dijo el general: Tú eres alborotapueblos

— Mi General, soy el que represento a los campesinos del cuadro de Matamoros, Coahuila.

— ¿Dónde tienes tu tierra para darle a los campesinos?

— Ando en buscas, yo no tengo, pero el gobierno tiene.

Le dijo el General: de esos árboles que están ahí, ¿cuál te gusta para colgarte?¹

De ese tiempo son los personajes que Muñoz Vargas recrea y convierte en equipo de béisbol, además de enamoradizos cardencheros. De alguno de ellos, además, se especuló por años en la región, había salido la orden y decisión de matar al principal de la hacienda de Santa Teresa, un español que hizo y deshizo a su antojo mientras así se le dejó vivir en La Laguna. En tanto se tejen las historias de amores de cantina y los pleitos a resolver en nueve entradas, se cruza también la presencia de esta figura típica del momento: el capataz de hacendados, el personero de latifundistas que hacía ver su mala suerte a cuanto peón y campesino pasaba por las tierras que administraba.

La ficción que el autor logra crear remite, sin caer en la facilidad del mecanicismo y la copia naturalista sino con el talento del que es capaz de cincelar la piedra del lenguaje común para convertirlo en literario, a una atmósfera plagada de sinceridad histórica y, por fortuna, carente de toda precisión también histórica, si por esta habremos de entender hechos. No es necesario en la novela acertar en la historia cuando lo importante es acertar en la recreación, pues allí

encontramos claves más eficaces a la hora de interpretar un pasado, un episodio, o el motivo por el cual se formó un equipo de béisbol a mediados de 1925.

El lenguaje al que recurre Muñoz Vargas, so pretexto de mero corrector de estilo, para narrar la historia, logra conjuntar eficacia, verosimilitud y autenticidad. De allí que, quien platique con laguneros que rondan los setenta y ochenta años encontrarán acentos, repeticiones, usos y palabras que el escritor bien aprehendió para escribir su novela.

Atmósfera, lenguaje, costumbres, lugares, y juegos de amor y malquerencia tan laguneros encontramos en esta novela, que la eficacia del resultado hace de esta obra de Muñoz Vargas el pórtico para imbuirse en la *Comala Lagunera*, en sólo nueve entradas. ▲

Juegos de amor y malquerencia (novela, Joaquín Mortiz, 2003).

Notas

¹ Hernández, Alfonso Porfirio. *La explotación colectiva en la Comarca Lagunera, ¿un fracaso?* Costa-Amic, editor, México, 1975, p. 68.

